

Impotencia psíquica sexual en la neurosis obsesiva

Sexual Psychic Impotence in Obsessive Neurosis

Marco Máximo Balzarini

Correspondencia:
marcombalzarini@outlook.com

Filiaciones Institucionales:
Universidad Nacional de Córdoba
Escuela de Orientación Lacaniana.

RESUMEN: Uno de los síntomas por los cuales se le solicita ayuda a un psicoanalista es la impotencia sexual cuya causalidad psíquica se tratará en este artículo, pero hay que contextualizarla también en el modo de vida actual donde la inmediatez, el máximo rendimiento, el desecho y el sueño de eternidad se condensan en un imperativo de goce que empuja a meros instantes sin un tiempo de comprender. La exigencia toma el comando mientras el deseo queda anulado. En este escenario de expansión de lo real, de acrecentamiento de lo insoportable, la desesperación y el sufrimiento, especialmente en sujetos masculinos, es lo que muchas veces les hace acudir por ayuda psicológica. ¿Cómo tratar esta afección con el psicoanálisis de orientación lacaniana? La finalidad de este artículo es aproximar respuestas a esta pregunta. Haremos una selección de material teórico articulando con la práctica. Se concluye que la impotencia es una formalización sintomática en el sujeto obsesivo que testimonia acerca de la inexistencia de la relación sexual y que hace posible, y necesaria, la intervención del psicoanálisis de orientación lacaniana.

PALABRAS CLAVE: impotencia - imposible - neurosis - obsesión - psicoanálisis

Cómo citar:

Balzarini, Marco. (2024). Impotencia psíquica sexual en la neurosis obsesiva. En *Revista Psicoanálisis en la Universidad* N°8. Rosario, Argentina, UNR Editora. Pág. 17-35

ISSN: 2683-9938 (en línea)



Licencia: Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Responsabilidad editorial:
Universidad Nacional de Rosario.
Argentina. Facultad de Psicología.

Recibido:

01 - 08 - 2023

Aceptado:

01 - 02 - 2024

Publicado:

25 - 05 - 2024

ABSTRACT: One of the symptoms for which help is requested from a psychoanalyst is sexual impotence, the psychic causality of which will be discussed in this article, but it must also be contextualized in the current way of life where immediacy, maximum performance, waste and dream of eternity are condensed into an imperative of enjoyment that pushes mere moments without a time to understand. The demand takes command while the desire is nullified. In this scenario of expansion of the real, of increase of the unbearable, desperation and suffering, especially in male subjects, is what often makes them seek psychological help. How to treat this condition with Lacanian-oriented psychoanalysis? The purpose of this article is to provide answers to this question. We will make a selection of theoretical material articulating with practice. It is concluded that impotence is a symptomatic formalization in the obsessive subject that testifies to the nonexistence of the sexual relationship and that makes the intervention of Lacanian-oriented psychoanalysis possible and necessary.

KEY WORDS: Impotence - Impossible - Neurosis - Obsession - Psychoanalysis

INTRODUCCIÓN

Freud llega a teorizar respecto de las neurosis obsesivas habiendo sabido antes sobre las neurosis histéricas. Es decir, la manera en que Freud llega a saber algo de lo que le pasa a un sujeto obsesivo no es directa, sino a condición de haber sabido algo de lo que le pasa a un sujeto histérico. Histeria y obsesión trazan, así, una línea de continuidad (o discontinuidad) que nos exige, si hablamos de obsesión, examinar algunas puntualizaciones previas acerca del deseo en la histeria.

En sus primeras producciones de fines del siglo diecinueve lo que Freud descubre es que en la histeria la conjugación de defensa y excedente sexual impide la traducción, por lo tanto siempre se genera conversión. Incluso, la conversión puede suscitarse sin mediar defensa. Por eso el tratamiento en la histeria es pasar a representaciones palabra, pasar al mundo de la palabra aquello traumático que no fue traducido. En cambio, las escenas de las neurosis obsesivas están provistas de traducción a palabra y, al producirse su despertar, se generan síntomas psíquicos. Muchas veces el obsesivo encuentra su modo de tratar lo traumático pasando a la acción justamente para no quedarse en los pensamientos que de eso ya tiene suficiente. Por eso Freud (2011b) afirma en la carta 46 fechada el 30 de mayo de 1896, que la histeria es la única neurosis que puede producir síntomas sin mediar defensa mientras que en la obsesión la defensa es mediadora.

Estos hallazgos freudianos se encuentran en las formulaciones lacanianas relativas a que el sujeto histérico sostiene al Otro, busca al Otro para mantener la insatisfacción en el deseo, para mantener

ese impedimento en la traducción, mientras que el sujeto obsesivo anula al Otro, se aleja del Otro para mantener la imposibilidad de desear y con esto confirmar su defensa. Esto se constata en los momentos en que el sujeto obsesivo cuenta las mil maneras en que se revela su dificultad de poner en juego su deseo, donde la postergación es su máscara frecuente que puede llegar hasta el extremo de la paralización o de la impotencia.

En este artículo vamos a tomar referencias de Freud y de Lacan acerca de la impotencia y de la neurosis obsesiva para dar algunas respuestas acerca de la posibilidad de un tratamiento no convencional, sino un tratamiento que aloje la palabra del sujeto del inconsciente.

ACERCA DE LA CAUSA DE LA IMPOTENCIA PSÍQUICA SEXUAL

El psicoanálisis descubre que el deseo siempre es en relación al Otro. No hay deseo sin Otro. Si se anula al Otro, se anula el deseo, quedando el sujeto a expensas de la exigencia. Esto es muy angustiante en el caso del obsesivo. Si logra imponer su ley de hierro, ambos, el obsesivo y su pareja, se quedan sin deseo. El ejemplo claro es el de los matrimonios mudos, donde prima el aburrimiento. Lo que el obsesivo no alcanza a reconocer es que cancela tanto su deseo como el deseo del Otro. El problema en la neurosis obsesiva es llegar exactamente a su deseo, porque su deseo se torna imposible. Por eso, indica Torres (2014), es importante que en la clínica de la neurosis obsesiva se pueda hacer notar la existencia del Otro.

El caso patognomónico de Freud sobre la neurosis obsesiva es el hombre de

las ratas. Ahí Freud puede dar cuenta de cómo se las arregla este sujeto para distanciarse de la mujer amada. No la veía, no la tocaba, con eso lograba mantenerla intacta como la dama de sus pensamientos. La condición de este hombre es que no se pueda acercar, no se pueda acceder a ella, es decir, pide que el objeto sexual sea inaccesible. Su modo de gozar es la suspensión de su deseo sexual, de que su deseo se revele imposible. Por eso, advierte Torres, cuando el *partenaire* cede rápidamente al amor, el obsesivo probablemente se retraiga.

Es el problema de la pareja entre un varón obsesivo y una mujer de semblante socia. La socia es uno de los semblantes de algunas mujeres, la que administra bien los bienes del marido. El obsesivo no la desea, pero la ama. No la puede dejar, y tiene razón, no está mintiendo, no es que no la ama, hay un compromiso del sujeto en este amor. Se trata, dice Freud (2012a), de hombres que si desean no aman o si aman no desean. Lo imposible para un obsesivo es reunir en una mujer a la persona amada y a la persona anhelada, juntar en una mujer a la hallada y a la buscada, eso es imposible para el obsesivo. Por eso muchas veces la solución de la masculinidad, sugiere Torres (2014), es tener una mujer idealizada, generalmente la madre de sus hijos o la compañera de los proyectos, y otra mujer degradada, la amante.

Freud (2012a) afirma que la afección central por la que se le solicita ayuda a un psicoanalista es la impotencia sexual. Esta significa, dice Freud, que los órganos ejecutivos de la sexualidad rehúsan el cumplimiento del acto sexual aunque se demuestren orgánicamente intactos y capaces de operar. De este modo, Freud ubica fuera del campo de la biología una

afección que históricamente se había tratado con recursos neurofarmacológicos. A veces los obsesivos piden medicación, buscan ahí la mágica respuesta que pueda poner fin a su tormento. Pero de lo que verdaderamente se trata, dice Freud, es del influjo inhibitorio proveniente de ciertos complejos psíquicos que se sustraen al conocimiento del individuo.

Freud presenta su hipótesis acerca de la causa de la impotencia. Dice que es el resultado de la falta de confluencia de dos corrientes de la vida anímica amorosa: corriente tierna y corriente sensual. Por un lado, la corriente tierna proviene de la primera infancia, se forma sobre la base de los intereses de la pulsión de autoconservación, toma su referencia en las personas que tuvieron a cargo el cuidado y la crianza del niño. Una corriente tierna de amor hace que la elección de objeto se apuntele en las pulsiones yoicas; es decir, en la satisfacción apuntalada en las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida con lo cual esta corriente tierna se va desviando de su meta sexual.

Por otro lado, la corriente sensual, dice Freud, se añade en la pubertad. También se apuntala en las figuras primarias de amor, pero, como tropieza con los obstáculos de la barrera del incesto, exteriorizará la satisfacción en objetos ajenos a aquellos primarios fantaseados, dando cumplimento a una real vida sexual. ¿Cuál es el valor de la distinción de estas dos corrientes de la vida anímica para explicar la impotencia? Es que la impotencia psíquica surge en el punto en que la investidura libidinal no se aparta de las imagos infantiles primarias, se fija, dice Freud, a las figuras de crianza en la niñez, refuerza el incesto, en un camino de regresión, de introversión, lo que genera la contracción de neurosis.

La masturbación tampoco resuelve, pues recorre este mismo camino de regresión imaginaria. “El resultado es entonces una impotencia absoluta” (p. 176).

Esto se constata en la clínica. Muchas veces la mujer que elige el obsesivo se acerca a la madre idealizada. El problema es que no se puede desear al objeto idealizado, sino que se desea al objeto degradado. Una herramienta del analista podría ser preguntarle al obsesivo ¿qué lo moviliza de esta mujer? Para poder buscar la condición de amor, el divino detalle. Lacan decía que el hombre elige por la vía del fetichismo. Por ejemplo, un obsesivo que dice “me gusta ella porque es inteligente”, esa es una condición. O bien puede decir “me gusta ella porque tenemos química” o “porque con ella es lindo”, ¿a qué le llama lindo? ¿Cuál es el pequeño objeto que a él le atrae de ella? Si no existe esta degradación del objeto no hay deseo. Siguiendo esta idea freudiana, en el hombre obsesivo que habla maravillas de la mujer, que la ubica en el lugar del ideal, del objeto idealizado, es decir, que idealiza a la mujer, hay que detectar cómo también la desprecia, cómo la degrada. “Las disfunciones sexuales masculinas, impotencia masculina, eyaculación precoz, u otras manifestaciones de la desobediencia del miembro viril, suelen ser manifestaciones sintomáticas, inconscientes, de cierto desprecio y/o temor a las mujeres” (Zack, 2016, p. 128). Si no existe esta degradación del objeto no hay deseo, eso es lo que descubre Freud. De ahí el interés de muchos obsesivos por la ropa interior. Se trata de un goce perversamente orientado que no puede ocultar que es goce del órgano, otra manera de imposibilitar su deseo.

Tal como sostiene Sinatra (2009), sucede en hombres obsesivos que se interesan

por alguien, pero no avanzan. Algo impide pasar al cuerpo del semejante. En estos hombres la masturbación suele ser el signo de rehusarse al comercio sexual, una forma de continuar extrayendo un goce autoerótico que le permita prescindir del encuentro con el *partenaire*, encuentro que volvería a dar cuenta de una imposibilidad. Sabemos por Lacan (2008) que esa imposibilidad tiene que ver con que el hombre está limitado por el goce fálico, obstáculo por el cual no llega a gozar del cuerpo de una mujer porque de lo que goza alguien que está limitado por el goce fálico es del órgano.

Esto le lleva al obsesivo a creer que puede con todo, que puede solo y que puede con todas. Se siente el macho alfa en lo sexual y al hablar experimenta una suerte de adivino que se anticipa al diálogo, que siempre sabe lo que la otra persona ha de decir antes de que finalice de hablar o sabe antes de escuchar qué es lo que a ella le va a gustar, anticipación que muchas veces se vuelve en lo sexual como precocidad, apuro, terminar demasiado pronto, lo cual es otra muestra de su dificultad para ceder el goce masturbatorio y de imposibilitarse el deseo. Como dice Sinatra (2009), “la *eyaculación precoz* devuelve rápidamente al órgano el goce que había condescendido (tan sólo por unos momentos) a pasar por el cuerpo de una mujer” (p. 104).

La contribución de Freud es entonces que en la vida amorosa no hay equivalencia entre el objeto sexual y el objeto perdido. Por eso, la corriente sensual busca objetos que no recuerden a las personas incestuosas prohibidas, es decir, evita la corriente tierna del amor. Y todo lo que se consigue es volver a hacer presente que el objeto de amor, aquel que propinó la satisfacción a partir de la resolución de las

funciones corporales de la supervivencia, está, desde su origen, ausente. Cuando el sujeto siente que ambas corrientes están a punto de confluir, de relacionarse, cuando un rasgo del objeto elegido, por más nimio que fuera, recuerda al objeto del incesto a evitar, sobreviene, por las leyes de la represión, la impotencia.

Por su supuesto que hay que ver caso por caso, pero estas elucidaciones de Freud al menos permiten entender la clínica de algunas parejas, por ejemplo, cuando el obsesivo se vuelve frío, distante, se aísla, como defensa ante la autoexigencia o argumentando que todavía no quiere compromisos. De ahí que muchos hombres operen este mecanismo de degradación para poder amar, es decir para no ser impotentes en la vida amorosa. Freud (2012a) dice que “cuando aman no anhelan, y cuando anhelan no pueden amar” (p. 176). Dicho de otra forma, si prima la corriente tierna van a amar, pero si prima la corriente sensual van a desear. Y para desear requieren ciertos mecanismos defensivos, entre ellos, como hemos visto anteriormente, la degradación del objeto.

Freud utiliza aquí la palabra goce cuando dice que es fácil comprobar que lo que produce la necesidad de seguir amando es que se vuelva obstaculizante la posibilidad de satisfacerse, basta ver que “los hombres de todos los tiempos interpusieron unas resistencias convencionales al goce del amor” (p. 181). Entonces, el hombre obsesivo degrada en su psiquis a la mujer, la fragmenta, la toma por pedacitos, no como una mujer toda. Con esto consigue sobrestimar aquellos objetos subrogados de su madre, lo cual le permite protegerse de la perturbación que sería el acceso al objeto incestuoso.

LA MUERTE DEL DESEO

Lacan enseña que el obsesivo se empeña en destruir el deseo del Otro. Este empeñamiento de anular el deseo del Otro se da por obnubilación, por obcecación; queda fijado a una idea, a un pensamiento y no cede su objeto. Hasta que no lo consigue no cede. Se podría ver mejor, advierte Torres (2014), en niños que ya se perfilan como futuros obsesivos cuando piden el bendito jueguito sin cesar, lloran, patalean, insisten, no se olvidan, día tras día, hasta que le dan el jueguito. Para esto el sujeto obsesivo tuvo que estar empeñado en la destrucción del Otro. De modo que, si el deseo del obsesivo está en relación con la destrucción del Otro, su deseo se traduce en una contradicción: su deseo de reconocimiento choca con la existencia del deseo del Otro.

La contradicción se da en que la condición de su deseo es hacer existir el deseo del Otro, pero mantenerlo anulado, con lo cual anula su propio deseo, es decir se impotentiza. Como dice Lacan (cit. Torres, 2014): “En las manos solo posee el deshecho de su propia exigencia” (p. 149). *O tú o yo*. Lejos de saber que el deseo se sustenta en el Otro busca dejar a su merced el deseo del Otro y, cuando eso ocurre, ya deja de interesarle. En el planteo que se le presenta de *o tú o yo* se queda sin las dos. Es un planteo profundamente disyuntivo. Por eso la relación del obsesivo con todo aquello que ocupa el lugar de su deseo es de una profunda agresión.

El homicidio al propio deseo, que implica por añadidura la muerte del deseo del Otro, se encuentra articulado al sentimiento de culpa. Son sujetos que dan miles de razones por las cuales alguna deuda les corresponde, cuando sabemos por Freud

(2011a) que es una deuda que corresponde a sus antepasados. Esa deuda se ubica en el lugar de la satisfacción enlazada a la prohibición, de lo cual resulta el sacrificio. El Otro que tiene el obsesivo es siempre un Otro prohibidor que le permite postergar la asunción de su deseo. Un paciente al que refiere Mazzuca (2012) decía “tuve hijos con la mujer más represiva del mundo”. Así es, prisionero del amo para evitar poner en juego su deseo. Mientras el Otro funciona como amo, el obsesivo funciona respondiendo.

Lacan (2007a) decía que de lo único que un sujeto puede ser culpable es de haber cedido ante su deseo. Muchas veces los obsesivos dicen que van a interrumpir su análisis porque tienen deudas que pagar. Retroceden ante su deseo de analizarse. Y cuando renuncia a su deseo deviene la culpa. “Se es culpable por matar el deseo. La culpa es el reverso del deseo, en la medida que éste se articula a algo de lo prohibido” (Zack, 2016, p. 109).

La operación analítica no consiste en desculpabilizar al sujeto. Para eso está la iglesia, aunque a menudo no lo consiga y produzca mayor culpabilidad. Si el analista emprende la tarea de desculpabilizar, por pretender aliviar, se perderá el camino que va “desde el sentimiento de culpa al deseo y al goce inconsciente” (p. 110). El sentimiento de culpa se aferra a un modo de gozar que, en el obsesivo, se produce como enlace entre la satisfacción y la prohibición. Recordemos, la condición de la relación que el sujeto obsesivo mantiene con su deseo es la distancia debido a la prohibición.

El agente de esa prohibición de acceso al deseo es el padre. El padre del obsesivo es quien prohíbe el goce, es a quien el obsesivo le debe su vida, sus sacrificios, in-

terminablemente. De ahí se configura una deuda imposible de pagar porque no es propia, sino del padre. Es lo que descubre Freud en el caso del hombre de las ratas que se presenta diciendo que está atormentado por una deuda de sus anteojos. Pero lo que el obsesivo no puede pagar es la falta del padre, que es quien prohíbe el goce.

El gran problema del obsesivo es entonces la reducción del deseo a la demanda. Lo que el Otro quiere se vuelve una deuda. El conflicto se resuelve llevando el deseo a términos de obligación para que este quede anulado y también la ilusión de que el deseo del Otro quede anulado lo cual significa la ilusión de que el Otro ya no me demandará, de que la deuda se cancelará, pero no se consigue, entonces no puede y, de una u otra forma, su posición subjetiva en la dialéctica amorosa es la del impotente.

Por el lado de la mujer, indica Freud (2012a), ella cae en impotencia cuando no puede desatar el enlace entre quehacer sensual adherido a imagos infantiles con la prohibición. La coartación de la masturbación por orden de la educación produce frigidez, dice Freud, mientras que una solución, sugiere Torres (2014), podría ser mantener en secreto una relación permitida o la infidelidad al marido teniendo amoríos escondidos. En ambos casos, de lo que se trata es de buscar la cancelación del encuentro entre mociones tiernas y sensuales. Se podría decir, y esto podría ser una reflexión, que el secreto para que la vida amorosa no caiga en impotencia está en renunciar a la pretensión de que ambas corrientes logren juntarse.

En efecto, la confluencia, la armonía entre ambas corrientes, es lo que motiva las publicidades que provienen, sobreto-

do, de la sexología, de las ciencias de la sexualidad que, al prometer un todo posible cuyo fundamento oculto es el borramiento de lo imposible, han adquirido muy buena prensa. Muy por el contrario, la necesidad de amar, dice Freud (2012a), crece en la medida en que se frustra y esto significa decir que el valor psíquico de toda pulsión no disminuye hasta perderse cuando se satisface. Al contrario, dice Freud, pide más. Pensemos en la relación del bebedor con el vino. ¿Busca el bebedor cambiar la bebida porque se ha cansado de que le resulte siempre la misma? No, de hecho pide una más, y otra más. Entonces, la impotencia que el amante vive con su objeto sexual se define por su disarmonía y eso es lo que decisivamente le da toda su importancia al objeto. Señala Freud: “habría que ocuparse de la posibilidad de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de la satisfacción plena” (p. 182).

Si pensamos en los avances de la ciencia, en materia biológica, todo está tecnológicamente pensado para que ambos sexos se encuentren. Los empeños de las ciencias de la sexualidad están puestos en la idea de que hombre y mujer están hechos para atarse. Freud da cuenta de una falta de relación entre los sexos. No hay armonía, no hay dos que se fusionen en uno. Termina el escrito citado diciendo que si el desarrollo científico hasta el momento se basó en un afán de consolar vendrán entonces otras orientaciones del desarrollo de la humanidad que puedan corregir estos resultados aislados. Así la impotencia testimonia del goce solitario, cosa que Freud había anticipado en 1912.

ESTRATEGIAS OBSESIVAS

Freud introduce el concepto de sublimación cuando se refiere a que la insatisfacción de la pulsión hace que la misma tome otros caminos o reciba otro empleo. “En efecto, ¿qué motivo tendrían los seres humanos para dar otros usos a sus fuerzas pulsionales sexuales si de cualquier distribución de ellas obtuvieran una satisfacción placentera total?” (p. 183). Es decir, la cultura no produciría progresos ulteriores si consiguiese la satisfacción de la pulsión.

En este sentido, Sinatra (2009) indica que en algunos hombres obsesivos se debe tomar la consideración de una característica esencial, la ausencia de satisfacción plena, lo cual los ubica en el terreno de Eros. Según Miller (2020), en el mito al que se refiere Freud, Eros es el amor y es también el odio. El adversario de Eros no es el odio, sino Tánatos, la muerte, la destrucción, la violencia, que es la pulsión a secas, la satisfacción pulsional sin sustituto, sin síntoma. El amor y el odio son modos de expresión afectiva de Eros. Se trata entonces de engañar a la pulsión de muerte.

En esto el obsesivo es experto. Tal como plantea Lacan (2009a), la estrategia obsesiva es engañar a la muerte con mil astucias siendo estas finalmente triunfadoras. Esas astucias para engañar la muerte se fundan en la posición del obsesivo respecto del deseo del Otro, de la cual deriva la estrategia de posponer la asunción de lo vivo, de lo erecto, de hacerse el muerto ante el Otro, de postergar su deseo. Una pasión por usar detalles excesivos en el lenguaje para defenderse de lo real. Al decir de Sinatra (2009),

Una tendencia a constituir un conjunto de dichos configurados por descripciones exhaustivas, totalizantes, tan nimias como minuciosas, salpicadas por detalles innecesarios y reiteraciones sostenidas con el que el sujeto obsesivo intenta “significantizar lo real” forzar que el conjunto de significaciones acabe con el goce que lo perturba, sin dejar resto alguno. Es éste un principio que caracteriza la obsesión: pretender que no quede ningún resto que descomplete su “universo” de discurso. [...] Intenta borrar con las palabras todo vestigio de pulsión que haya en el asunto, quiere que todo pueda subsumirse en explicaciones, unas detrás de las otras y se esfuerza para que no aparezca en su relato nada que le permitiera al partenaire leer algún signo de su posible culpabilidad en el asunto referido: por ello que no quede nada sin decirse, ni explicarse, que lo que dijo sea inequívoco. (p. 98)

Una de estas defensas mayormente lograda en la obsesión es el aislamiento, forma típica de hacer desaparecer el deseo. Sinatra nos cuenta un ejemplo. Un sujeto pedía consulta por primera vez porque estaba angustiado sin saber por qué. La pregunta “¿Desde cuándo?”, le permite conectar la angustia con alguna cosa, responde “desde que nació mi hija”. Se ha producido un nuevo saber: angustia-hija por lo cual el trabajo de esa primera entrevista ha sido suficiente. En la segunda entrevista ya no viene angustiado, pero viene a deshacer ese vínculo, a aislar angustia e hija, hablando de otra cosa, hablando de una de esas dos cosas, pero no del vínculo entre ambos significantes. Esto es el aislamiento. “El sujeto hace existir una hiancia entre la primera y la segunda acción

deshaciendo el enlace causal que el sujeto hubiera podido establecer” (p. 99).

Otra manera de defenderse de la confluencia de ambas corrientes o de la realización de su deseo, es su esfuerzo por el reconocimiento. Se trata de una característica que llamamos hazaña, récord o proeza del obsesivo delimitada por Lacan como efecto del superyó. Busca hacer algo fuera de lo común que quede registrado, para lo cual hace falta alguien que registre y brinde la garantía del récord. Se pone toda clase de tareas duras, arduas, agotadoras, jalonadas de obstáculos a vencer que se empeña en llevar a cabo. “Pero, lo que está en juego no es la satisfacción en su realización misma, sino el premio, el permiso, el reconocimiento del Otro” (Mazzuca, 2012, p. 124).

El sujeto obsesivo se configura un rival, pero esta rivalidad que libra con su semejante no es lo más importante, sino el tercero entre ellos dos que es necesario para el obsesivo porque es quien registrará el récord. Lacan dice que la muerte, es decir aquello en lo que el obsesivo encuentra el verdadero peligro, no reside en el adversario a quien parece desafiar, sino en el derrumbe del testigo invisible, del Otro que es quien cuenta los tantos. Este es el que hay que preservar a toda costa en el análisis del sujeto obsesivo.

En el análisis de la estructura de la hazaña no conviene dejarse encandilar por la existencia del rival imaginario que, en definitiva no es el que cuenta, sino que hay que localizar al Otro, el tercero, aquel para quien el sujeto actúa y al que, como espectador invisible, le ha sido adjudicado el papel de contar, de registrar el récord. (Mazzuca, 2012, p. 124).

En el terreno amoroso es habitual que el obsesivo busque hacer existir un otro con el cual rivalizar. Y al *partenaire* lo lleva al palco. El obsesivo lleva su *partenaire* al palco. Llevarlo al palco sería no comprometerse con su propio ser, con lo que siente por ese *partenaire* de quien espera el reconocimiento. Sabe perfectamente hacer que su ser esté siempre en otra parte, que algo de su ser quede fuera de su implicación subjetiva. Mirarse desde el palco implica necesitar al Otro para eso, para no implicarse en ello que dice que quiere, para dejar de lado su propia historia.

Esto hace que construya una forma de vida a su imagen y semejanza. En esa vida obtiene reconocimientos, se bate a duelo con los otros, realiza hazañas envidiadas por sus competidores, ya sea en la vida de trabajo o en la vida amorosa. Todo eso primero lo construye en su pensamiento, se construye un paraíso virtual que domina a su antojo. Es una manera de eludir el deseo, constituyéndose una ficción autoerótica donde su interlocutor es en apariencia el otro, en apariencia porque el sujeto obsesivo a través del otro se sigue hablando a sí mismo. Como dice Sinatra (2009), el sujeto obsesivo es aquél que tiene un fluido diálogo, pero consigo mismo. Intenta adormecer al Otro, llevándolo a ser un espectador de la manifiesta rivalidad entre su yo y el del rival, lo cual lleva al aburrimiento de ambos, a la desaparición del Otro y por tanto a la impotencia.

El *partenaire* del sujeto obsesivo es enlazado a condición de aquel otro que el sujeto se construyó en su imaginación. Con ese otro es con quien mantiene en su imaginación pensamientos de amor y de peleas al mismo tiempo. Cabe aclarar que en los pensamientos de pelea el sujeto obsesivo imagina que siempre sale victorio-

so. Esto es porque, de nuevo, el deseo del Otro es un problema para el sujeto obsesivo, y por eso busca hacerlo desaparecer, a veces desvalorizando o contradiciendo la argumentación del Otro: “lo que usted dice es incorrecto”, “no me parece que sea así”, “usted está equivocado”. No se trata aquí de demostrarle la validez de nuestras argumentaciones, sino de que comprenda ese debate consigo mismo, que es uno y otro al mismo tiempo. Esa pelea con el otro que crea en sus pensamientos supone que no está dispuesto a una pérdida real.

Lacan (2009b) presenta un caso de obsesión que ejemplifica la manera en que el sujeto obsesivo busca al amor para que sea espectador de la competencia entre su yo y el semejante, es decir, entre el sujeto y el otro con minúscula, su espejo. Es ese gusto tan particular que los obsesivos tienen, como dice Sinatra (2009), por el despliegue de una pormenorizada narración de los hechos en la descripción de su relato que se extiende en exhaustivos detalles sin relevancia. El analista se las tiene que ingeniar para interrumpir, para cortar este goce del pensamiento que hace desaparecer el deseo del Otro. De ahí que, señala Zack (2016), el uso del corte en la práctica lacaniana alivia el goce del obsesivo que intenta adormecer al Otro.

Puede suceder que un sujeto obsesivo no acepte el corte cuando dice “espere un poquito, que quiero contarle algo más”, “¿qué hago entonces con esto?”, “¿estás enojado?”. O puede suceder que deja espacio para que el analista diga algo, pero luego prosigue con lo que tenía para decir, se vuelve inocuo al decir del analista. Incluso si se le cita textualmente un dicho que ha pronunciado puede suceder que responda “o sea no dije eso” o bien, “déjeme terminar que va a entender qué

quiero decir”. Podemos comprender estos fenómenos como una especie de soldadura entre la palabra y la masturbación, no hay Otro, sostiene un discurso compacto sin hacerse pregunta alguna. Se torna difícil advertir el espacio donde el discurso se quiebra porque la rumiación mental del obsesivo dificulta captar a dónde está lo enigmático, a dónde la defensa vacila, para dar permiso a la interpretación analítica. Es un sujeto que no se divide fácilmente y esta es una dificultad para el analista con el paciente obsesivo, la de captar algo del deseo.

Estas respuestas posibles que se pueden encontrar en la clínica con el sujeto obsesivo no son por una mala voluntad del consultante, sino la manera de decirnos que sufre del deseo del Otro, sufre de que el deseo no sea uno, su padecimiento pasa por lo diverso y su esfuerzo está justamente en absorber al Otro en el Uno, en transformar lo heterogéneo en homogéneo. Es el intento de que el Otro sea uno, que lo plural sea unívoco. Se le debe hacer saber que esto no es una relación real con la otra persona, sino una relación con el otro interior que inventa en su pensamiento, con un doble de sí mismo en su pensamiento, que tiene que pensar y disfrutar igual. Justamente, la estrategia obsesiva es hacer pasar al otro por el uno, lo cual da la ilusión de ser sin división. Que no exista Otro, pero si se elimina el Otro se elimina el deseo, el de ambos. Por eso, a veces el sujeto obsesivo se inventa un *partenaire*, en sus pensamientos, ideal, dócil a sus requerimientos, que también es otra manera de anular su deseo y de no perder este modo de goce autoerótico tan intenso por ser sin división.

Este gusto por el pensamiento los lleva a sentir que son capaces de realizar todo.

Pueden idear planes maravillosos, dándose a sí mismo la ilusión de poder responder con todo lo que se plantea. Muchas veces hace existir la idea de que todas las mujeres son iguales. Es la fantasmática de hacer existir la relación sexual ya que si todas las mujeres son iguales se puede asegurar no solo el acceso a todas, sino que también evita tener que escucharlas una por una y se asegura la potencia al evitar el deseo.

De ahí que muchos sujetos obsesivos no quieran ponerse seriamente en pareja, no puedan elegir una, significaría la pérdida de su propia mismidad. Muchas veces consultan porque no pueden estar con quien dicen que desean y están con varias para no saber sobre eso. La cuestión de elegir significa el hecho de restringir su gusto por la variación. Otras veces llega al análisis y dice: “yo no creo en esto, pero bueno...” y cuenta lo que le pasa. Pero bueno, ahí está, eligiendo a un analista para que le diga algo sobre sus padecimientos, está convocando al deseo del Otro, se dirige a un Otro para pedirle ayuda, para solicitarle respuestas, se dispone para que alguien pueda interrumpir de alguna manera la sólida alianza entre el sujeto y el goce. Hay que tener mucho cuidado en cómo conmovier esta sólida alianza entre sujeto y goce autoerótico en el pensamiento porque puede volverse insoportable para el sujeto y no volver más. A veces, la presencia ya es una intervención para empezar esta tarea.

Otra forma en que se presenta el deseo estructurado como imposibilidad son los rituales. Freud (2011b) habla del valor sagrado de los rituales, que se presentan con mayor frecuencia en las neurosis obsesivas. Dice que lo sagrado es la renuncia de parte de la libido sexual y de la libertad para incurrir en perversiones. “Sagrado es

lo que estriba en que los seres humanos, en aras de la comunidad más vasta, han sacrificado un fragmento de su libertad sexual y su libertad para incurrir en perversión” (p. 299). Aceptando la prohibición del incesto se obtiene que el incesto es un horror y así se consigue la cohesión duradera entre los miembros de un grupo. Lo contrario, dice Freud, es el superhombre. Es decir, un ser que nada ha sacrificado de su libertad sexual, un ser que no ha renunciado a su libertad para incurrir en perversiones. Así, el ritual le permite al sujeto obsesivo mantener alejada cualquier dimensión de goce. El trabajo analítico apunta a que el sujeto se disponga a desarticular algo de ese ritual que puede llevarle a grandes dificultades en sus actividades cotidianas. Muchas veces desarticular ese ritual, cruzar el sentido de ese ritual es, como señala Zack (2016), por una barrera a la demanda materna.

Sin embargo, no todo ritual es signo de obsesión. Tal como lo advierte Godoy (2020), en algunos casos clínicos podemos constatar una relación de afinidad entre síntomas obsesivos y psicosis. Podría decirse que su punto en común es la rigurosidad que motoriza al síntoma como defensa frente al despertar del núcleo psicótico arcaico latente.

Karl Abraham [...] encontraba que en las psicosis maníaco-depresivas, en sus intervalos libres -es decir, esos intervalos que hay entre los períodos de manía o los períodos de melancolización, donde el sujeto parece más estabilizado- los pacientes que sufren de locura psíquica exhiben las mismas características con las que el psicoanálisis nos ha familiarizado en la neurosis obsesiva. (p. 88)

Se trata de pacientes que manifiestan formas a veces ritualizadas, con cierta pulcritud que se impone y que, no obstante, permite al sujeto funcionar. En pacientes con razones estructurales psicóticas los síntomas obsesivos pueden constituirse como una función de tapón que intente frenar, abortar, el desencadenamiento de la psicosis incipiente. Esto no significa que todo síntoma obsesivo sea una defensa frente a la psicosis, pero conmueve la tendencia de que todo lo que parece un síntoma obsesivo es una neurosis. Por ejemplo,

(...) una paciente que había empezado con toda una preocupación por la limpieza: debía higienizarse repetidamente el cuerpo y le llevaba mucho tiempo arreglarse para poder salir de su casa. Cada vez más esos arreglos se fueron incrementando, entorpeciendo notablemente sus actividades. Les preguntaba reiteradamente a sus familiares si estaba limpia, si estaba bien. Esto se fue complicando más y fue tratado -precisamente- como un caso de neurosis obsesiva “grave”, hasta un momento donde empieza un desencadenamiento franco (...) y directamente quiere arrancarse la piel. Ya no le sirve más pasarse jabón, limpiarse cincuenta veces, sino que tiene que empezar a arrancarse la piel para quitarse la “suciedad” que invade su cuerpo. En ese momento la paciente es internada. (p. 90)

La recomendación ante este tipo de casos, siguiendo el texto de Freud “La iniciación del tratamiento”, es mantener la prudencia con esos síntomas porque podrían estar constituyendo defensas que están protegiendo al paciente frente a una ulterior desintegración psicótica. Si se logra ubicar que esos síntomas estarían operando como una defensa psicótica en-

tonces no solo no se conmueven, sino que se trata de ver cómo funciona y sostenerlo. Así como lo demuestra Lacan con su caso Aimée, por ejemplo, paciente que se dedicó finalmente a ser una bibliotecaria, nominación que le dio no solo un lugar institucional, importante en las psicosis, sino que además le permitió una salida interesante para su enfermedad de paranoia en tanto que una actividad rutinaria le daba una especie de sostén.

En este sentido, queremos advertir de que no todo lo que es un miedo es una fobia, no todo lo que es un dolor en el cuerpo es una histeria, no toda alteración en el humor es depresión o es manía, así como no toda forma compulsiva o ritualizada es neurosis obsesiva. No tenemos que dar por sentado descriptivamente que lo que se presenta corresponde a tal estructura psíquica sin antes intentar saber qué función tiene ese síntoma, cómo se articula y qué respuesta implica. Esto es elemental en la práctica clínica psicoanalítica.

POSTERGO, LUEGO EXISTO

Todos estos mecanismos responden a que el sujeto en la obsesión aspira a que el amo asuma la función de ser agente de prohibición de su deseo, distinto de la histeria donde el sujeto busca a un amo sobre el cual pueda reinar a condición de que el amo no gobierne (Zack, 2016). El sujeto obsesivo se hace prohibir su deseo, apela al recurso de hacerse el muerto en su deseo, con la ilusión de engañar a la muerte procrastinando, reteniendo en el pensamiento lo que tendría que pasar a la acción.

Trabajar y trabajar para darle a la mujer, a los hijos, a él mismo, a quien sea, la vida que desea. Sus vacaciones se aplazan

y el tiempo libre es insoportable. “Suelen confrontarse con la dificultad de hacer uso del tiempo ocioso, no saben qué hacer con él. (...) Les resulta imposible intentar usar para su placer ese tiempo no regido por Otro” (Zack, 2016, p. 112). Necesita un amo. Su cogito es *postergo, luego existo*.

En efecto, el discurso de un obsesivo es que todo lo que hace o todo lo que se esfuerza no lo hace para él, sino para otra persona. Mantiene una cercanía con un otro que se constituye para sí mismo como un ideal. Se trata de la imagen de sí mismo. Se sacrifica por esa relación, con el otro puesto en el lugar del ideal, que no es más que la relación con la imagen de sí mismo, mientras se aleja persistentemente de su deseo. Que el otro es la encarnación de su imagen no significa que alimenta su imagen narcisista, sino que no le está permitido a su deseo manifestarse en acto. La distancia que el obsesivo mantiene con su propio deseo es entonces lo más difícil de reducir en el análisis (Mazzuca, 2012).

Esta conflictiva con su propio deseo hace que adquiera relevancia el lugar que le otorga a la demanda del Otro. A veces los pacientes obsesivos traen actos, cortes o cambios ya realizados en su cuerpo y cuando preguntamos a qué se debe nos encontramos, a menudo, con respuestas donde refieren que alguien le sugirió que lo hiciera porque se vería mejor, cuando nunca habían manifestado en análisis que algo de eso le molestaba. Así, el deseo del obsesivo es matar el deseo del Otro, porque es significado como una demanda, se reemplaza por la demanda, escucha el deseo del Otro como una demanda, se vuelve, como dice Miller (2007), una exigencia mortificante. Cuando se exige ya no se discute. En “el momento en que la demanda toma la for-

ma de la exigencia o del ultimátum, ya no hay lugar para la interpretación del deseo. Eso mata la incógnita del deseo” (p. 111).

La irrealización de su propio deseo equivale a la imposibilidad y si se anula el deseo queda la puerta abierta a la demanda. Hace existir el deseo del Otro y tiene que matarlo. Entonces, amar y matar al mismo tiempo. Dos fuerzas contrarias, en tensión, como dice Freud una ambivalencia, que implica su irresolución porque “en la medida en que se trata de dos términos contradictorios se impone la lógica de la imposibilidad, la satisfacción de uno impide el cumplimiento del otro” (Mazzuca, 2012, p. 119).

Va quedando en evidencia que la relación que el sujeto obsesivo tiene con la demanda es la cuestión central. Vive pidiendo permiso y haciéndose autorizar por el Otro. Espera sus prohibiciones, se hace pedir, provoca que el otro le pida que no haga tal cosa, en fin, se ocupa en satisfacer la demanda del Otro. Se queja de que no tiene tiempo para disfrutar, cuando sabemos que disfruta no teniendo tiempo. Se llena de actividades, muy ocupado en el pensamiento porque el aburrimiento para el obsesivo es insoportable. Busca la demanda. En el lugar de su deseo se pone la demanda del Otro. “Recibir, guiarse por la demanda del Otro, de su amo, le permite sortear la exigencia de poner en forma su deseo” (Zack, 2016, p. 102). Nace en un *me demando lo que tu deseas* que implica *hágase tu voluntad*.

El obsesivo es entonces un esclavo de la exigencia imperativa del superyó, el esclavo por excelencia, siempre dispuesto, siempre responde. La demanda tal como la conceptualiza Lacan es demanda siempre de otra cosa, es demanda de amor, y en tanto tal apunta al ser. La demanda y el

amor apuntan entonces a obtener del Otro que entregue su ser. El obsesivo entrega su ser. Muchas veces tienen partenaires muy demandantes, parejas que les demandan hasta el punto de que esa posición de demandado, que fue inicialmente la puerta de entrada a la relación, se convierte en la puerta de salida. Ahogado, sacrificado, asfixiado, retraído, presionado, contrariado, acorralado, significantes que a menudo surgen en el discurso del obsesivo que señalan este goce del demandado que produce impotencia.

Para el obsesivo tiene que necesariamente haber un amo que prohíba la realización de su deseo y lo ponga permanentemente al trabajo. Rechaza tomarse como un amo. Dice Lacan (2012), no asume la muerte, no afronta la muerte. Más bien, espera la muerte del Otro. “El obsesivo ubica en el Otro a su amo y, como un esclavo, vive esperando su muerte” (Mazzuca, 2012, p. 120). Piensa que cuando el Otro muera podrá vivir de otra manera o tal vez empezar a vivir. Se queda esperando, se mantiene en una posición de espera mientras le atribuye al Otro sus impedimentos para disfrutar. Que por culpa de su madre, de su padre, de su mujer, de su hijo, del país, o de no sé qué, no puede disfrutar de la vida. Así, sostiene su referencia al amo que implica tomarse a sí mismo como un esclavo agradecido eternamente, dispuesto a pagar, lo cual es querer saber nada de la muerte.

Sujetos que al encontrar siempre buenos argumentos para rechazar el acto son etiquetados de cobardes. Muchas veces prefieren ser elegidos antes que elegir. No es tan relevante si le gusta alguien, sino que alguien guste de él. Esto es: goza de ser demandado, elude su deseo. “Su posición en la dialéctica amorosa es hacerse elegir,

llegando a vincularse hasta con las que no les gustan, pero cumplen el requisito que ellas gustan de él” (Zack, 2016, p. 113).

Ahora bien, cuando el obsesivo se encuentra con el buen amor estos rasgos propios de su modo de gozar vacilan, se cuestionan, o al menos se perfilan en la orientación de su deseo. Cuando el buen amor dice presente estos rasgos desaparecen. El buen amor para el obsesivo le permite que se conecte con su deseo. Este buen amor sucederá mientras el obsesivo pueda dar su consentimiento a que ese buen amor lo interpele, aceptando ser llevado a revisar todas las categorías morales que conducían su existencia. La operación del buen amor en el obsesivo podría equivalerse a la autorización de una vida deseosa. En esta vía del buen amor podemos ubicar al analista.

SOPORTE DE SUBJETIVACIÓN

Freud (2011a) presenta la conexión entre la culpa y la muerte en la neurosis obsesiva. Dice que la conciencia de culpa deviene de la prohibición para miembros del mismo tótem de mantener vínculos sexuales recíprocos, es decir, que no tengan permitido casarse entre sí. De ahí que la exogamia está conectada con el tótem. De esto resulta que si algún miembro transgrede esa ley primordial no solo se le aplica automáticamente un castigo al culpable, como ocurre con las otras prohibiciones totémicas (por ejemplo, la de matar al animal totémico), sino que la tribu entera se cobra esa transgresión de la manera más enérgica, liberando sus más hondos deseos agresivos contra el culpable, como si fuera preciso defender a la comunidad toda de un peligro que amenaza o de una culpa oprimiente.

Esta conciencia moral, dice Freud, re- tiene los intensos sentimientos hostiles reprimidos hacia el causante de las prohibiciones de su goce. El tierno amor de muchos sujetos obsesivos hacia su objeto esconde esta hostilidad en lo inconsciente. Resulta una ambivalencia de mociones de sentimiento que, dice Freud, están en todas las personas, pero en los obsesivos de manera intensa y se manifiesta en el vínculo con las personas amadas. Así, la neurosis obsesiva es, según Freud, una enfermedad que se singulariza por una medida particularmente elevada de esta originaria ambivalencia de sentimientos.

(...) en el carácter del neurótico obsesivo se destaca el rasgo de los penosos escrúpulos de la conciencia moral como un síntoma reactivo frente a la tentación agazapada en lo inconsciente, y que al agudizarse la condición patológica se desarrollan a partir de aquellos los grados máximos de la conciencia de culpa. (p. 74).

Lacan sostiene que en el obsesivo “se compaginan muy bien el deseo de muerte y el amor hacia el padre, ya que éste se presenta fácilmente en esa estructura como padre muerto” (Mazzuca, 2012, p. 125). Sujetos que se quejan del padre, que demonizan al padre, que critican las decisiones del padre, a la vez que admiten la necesidad de que este les hable, los invite a su casa, los salude para su cumpleaños, les ayude. Un odio-amor que evidencia la eficacia de la identificación, de la instauración de la ley eterna debido a la muerte del padre en lo inconsciente.

Tal como lo ha estudiado Mazzuca, la teoría del objeto *a* que Lacan presenta en el Seminario sobre la Angustia señala que el objeto no es a lo que apunta el deseo, sino lo que lo causa. El objeto no

está delante del deseo, sino por detrás. No es el objeto parcial de Freud ni el objeto transicional de Winnicott, sino un objeto perdido. El sujeto para constituirse debe perder una parte de sí. Lacan lo pone en equivalencia a lo que es la placenta y otros tejidos que se pierden en el nacimiento. De allí que Lacan acentúe que el acto de nacimiento no implica tanto una separación con la madre, sino una separación con una parte de sí mismo. Se trata de una entrega que el sujeto debe hacer si quiere constituirse como tal, una cesión. Este es el modelo de las próximas pérdidas del viviente, entre ellas el objeto anal, otro objeto del cual el sujeto debe separarse.

En este sentido de partes del cuerpo de las que hubo que separarse Lacan va a decir que en la estructura obsesiva asume una especial importancia el objeto anal, cosa ya reconocida por Freud. Se le pide al niño que retenga y luego se le pide que suelte, es decir primero se le pide que introduzca el excremento y luego que se separe; cuando lo entrega el Otro dice primero ¡qué linda caca! y luego la tira. Primer tiempo, el objeto es valorizado; segundo tiempo, el objeto es repudiado. Es valioso, pero no sirve. Esta fuerte oposición que va más allá de lo dicho, “funda ya una primera oscilación del sujeto entre dos puntos extremos y se encuentra en el origen de la ambivalencia que caracteriza al obsesivo” (p. 134). El objeto anal es entonces el soporte de la subjetivación en tanto que el sujeto es requerido a tener que entregar lo suyo, es decir, a constituirse como un sujeto.

La psiquiatría moderna presentó esta ambivalencia como la referencia en la que asentar la denominación neurosis obsesiva. En efecto, el pegoteo de los significan-

tes obsesivo-compulsivo que se condensa en la denominación diagnóstica “TOC” no parece ser cuestionable. Neurosis obsesiva es la traducción que se ha estabilizado del término freudiano *Zwangsneurose* que, en lengua alemana, significa, de manera indistinta, obsesión y compulsión, por lo cual la entidad forjada por Freud neurosis obsesiva “podría traducirse también como neurosis compulsiva” (Mazzuca, 2012, p. 109). Podemos entender entonces la obsesión como una compulsión en las formas sintomáticas del pensamiento o de la acción.

Ahora bien, advierte Mazzuca, hay una diferencia entre la nominación “TOC” que encontramos en los manuales de enfermedades mentales y la elaboración freudiana. En las múltiples versiones de los manuales el punto de vista descriptivo es lo central, incluyendo una variedad heterogénea de formas clínicas que, desde el punto de vista del psicoanálisis lacaniano, podrían pensarse para las psicosis ordinarias, por ejemplo, los automatismos mentales o algunos pensamientos delirantes. Y Freud elaboró una teoría de las neurosis centrada no alrededor del síntoma, sino alrededor de los procesos de formación del mismo. El psicoanálisis no se trata de la descripción de un grupo de síntomas, sino de la comprensión de sus procesos de formación, lo cual lleva a hacer una distinción entre estructura clínica y posición subjetiva. Esto significa que no es equivalente estructura obsesiva y neurosis obsesiva. Aunque la neurosis no se haya desencadenado -y esto remite a razones estructurales-, se pueden encontrar aspectos en un sujeto que den cuenta de una posición obsesiva en cuanto a la forma de respuesta a la demanda o a la modalidad de su deseo. Es decir, no es lo mismo estructura que posición subjetiva.

Freud (2012c) supo leer estas cuestiones y por eso tuvo que cambiar su teoría. Él presenta en el texto “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico”, del año 1916, apartado “Los que fracasan al triunfar”, dos tesis acerca de la neurosis. Su primera tesis indica que neurosis significa conflicto entre los deseos libidinosos y aquella parte de su ser que llamamos su “yo”, que es expresión de sus pulsiones de autoconservación e incluye los ideales de su propio ser. Cuando la libido quiere lanzarse por caminos y en pos de metas que el yo hace tiempo ha prohibido para todo el porvenir, camino libidinoso que no es acorde con el yo, ahí se produce la privación, la frustración de una satisfacción real, que se convierte en la condición primera para la génesis de la neurosis.

La segunda tesis indica que el ser humano enferma de neurosis justamente por el cumplimiento de un deseo largamente esperado, y no a consecuencia de la frustración (denegación) de una satisfacción real. Es la tesis opuesta, la antítesis. Si la enfermedad neurótica en la primera tesis deviene de la privación de un deseo libidinoso, en la segunda tesis la neurosis deviene de la satisfacción de un deseo hondamente arraigado y por mucho tiempo perseguido. Es como si el sujeto, dice Freud, no pudiera soportar su dicha, su felicidad, en tanto que si el deseo se realiza sobreviene la enfermedad. Si la enfermedad neurótica se contrae seguido al cumplimiento del deseo el placer queda entonces aniquilado lo cual nos vuelve a la tesis de la imposibilidad del deseo. Nos preguntamos, ¿serán los poderes de la conciencia moral los que prohíben al sujeto obsesivo extraer de ese feliz cambio objetivo el provecho larga-

mente esperado?

Se trata de tendencias correctoras y punitivas que a menudo nos sorprenden aún allí donde no esperaríamos hallarlas. Siguiendo a Freud, esto se explica por el levantamiento de unas intensas fuerzas de la conciencia moral que vienen luego al deseo consumado o pensado. Nuevamente la fórmula neurótica: *quiero, pero no puedo*. Cuando se acerca a su deseo menor es la posibilidad de goce. Dicho de otra manera, cuando se aproxima a su deseo, este se desvanece. El deseo es un mal para el sujeto obsesivo, no se ejecuta. Por eso Freud dice que “(...) la conciencia de culpa, en la neurosis obsesiva, se funda en el hecho de un mal designio que nunca llegó a ejecutarse” (2012b, p. 76).

Volviendo al principio de este artículo en donde partíamos de la histeria para llegar a la obsesión podemos decir ahora que mientras la histeria quiere un Otro castrado, la obsesión quiere un Otro completo. No soporta el deseo, ni propio ni del Otro. Busca cancelar. A veces los pacientes piden el monto de la sesión antes de tenerla o piden el número de la cuenta bancaria antes de empezar. Antes de iniciar se presenta esta pretensión, siempre fallida, de querer ser el falo del Otro, de completar al Otro. Es muy posible que la impotencia sea la respuesta ante el fracaso de tal imperativo. La impotencia es entonces la expresión de un miedo. Y el miedo no es tonto. Cuando un sujeto no conoce el miedo nos asusta. Un sujeto que no tiene límites es un sujeto a quien nada lo detiene en el recorrido hacia la satisfacción. Sujetos a los que nada parece detenerlos, nada es imposible para ellos, no manifiestan miedo alguno, están totalmente entregados a la erección de lo vivo. Pero la impotencia, una formaliza-

ción sintomática, una respuesta ante lo real, es respuesta que no había. Entonces no estamos allí para posibilitarle vencer su impotencia sexual. No le enseñamos al sujeto a tener buen rendimiento sexual, a que pueda ser eficaz, no le transmitimos saber como si fuéramos un amo. Hacerlo sería dejarlo sin protecciones ante el poder aplastante de la pulsión (Cottet, 2017).

La impotencia, la deflación de la potencia viril, la puesta en cuestión del goce sexual del pene, es la zona del cuerpo donde lo inconsciente ha creado un síntoma que invite a saber al sujeto que algo de la sólida alianza no funciona. La molestia que produce hace que el sujeto no se quede solo y otorgue confianza, al menos por un tiempo, al analista, habitualmente “último recurso y luego de haber frecuentado todo tipo de tratamientos médicos y/o paramédicos (viagra incluido como signo de los tiempos) para intentar una cura para su afección” (Sinatra, 2009, p. 98). El error en su plan razonado termina siendo la posibilidad que motoriza el encuentro con el psicoanalista. La maniobra del analista irá en la vía de que el obsesivo pueda consentir a renunciar a ser el falo, a soltar esas pesadas referencias, de que pueda enlentecer la correspondencia entre el sujeto y la identificación fálica.

Hemos trabajado sobre las posibles maneras de tratar la impotencia en la estructura obsesiva desde el psicoanálisis de orientación lacaniana. En el recorrido que hemos hecho repasamos referencias freudianas y lacanianas de lo cual se ha revelado la manera en que la imposibilidad es la estructura del deseo en el tipo clínico obsesivo de las neurosis. Propusimos que la impotencia es una formalización sintomática en el sujeto obsesivo que testimonia acerca de la inexistencia de la relación

sexual. En tal sentido, adquiere valor la maniobra del analista en tanto se agrega como un Otro de carne y hueso en la vida de estos sujetos solos.

REFERENCIAS

- Cottet, S. (2017). OFNI: Objetos Fóbicos No Identificados. En J.-A. Miller. *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Grama.
- Freud, S. (2011a). Tótem y tabú. *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 1-164.
- Freud, S. (2011b). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 211-322.
- Freud, S. (2012a). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 169-183.
- Freud, S. (2012b). Psicología de las masas y análisis del yo. *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 63-136.
- Freud, S. (2012c). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico. II. Los que fracasan cuando triunfan. *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 313-339.
- Godoy, C. (2020). Entre neurosis obsesiva y psicosis. En N. Soria (Ed.), ¿Ni neurosis ni psicosis? (pp. 81-107). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Del Bucle.
- Lacan, J. (2007a). *El Seminario: Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2007b). *El Seminario: Libro*

- 10: *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El Seminario: Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009a). El psicoanálisis y su enseñanza. *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI, pp. 419-440.
- Lacan, J. (2009b). La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI, pp. 565-626.
- Lacan, J. (2012). *El seminario: Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Mazzuca, R. (2012). La neurosis obsesiva en la elaboración lacaniana. En F. Schejtman (Comp.), *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis* (pp. 109-152). Buenos Aires: Grama.
- Miller, J.-A. (2020). Niños violentos. En *De la infancia a la adolescencia*. Cuadernos del ICdeBa (13). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2007). *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Paidós.
- Sinatra, E. (2009). *Las neurosis. Jeroglíficos, blasones, laberintos*. Cuadernos del ICdeBa (14). Buenos Aires: ICdeBA.
- Torres, M. (2014). *Clínica de las neurosis*. Cuadernos del ICdeBA. Buenos Aires: Grama.
- Zack, O. (2016). *Vigencia de las neurosis*. Buenos Aires: Grama.

MARCO BALZARINI

Practicante de psicoanálisis de orientación lacaniana en la ciudad de Córdoba, Argentina. Licenciado en Psicología (FP-UNC), Profesor en Psicología (Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC), Magíster en Teoría Psicoanalítica Lacaniana (Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba) y Doctorando en Psicología (FP-UNC). Profesor Adscripto cátedra Psicoanálisis (FP-UNC). Profesor Asistente cátedra Teoría Psicológica I (Freud), cátedra Teoría Psicológica III (Freud, Lacan, Klein y Clínica psicoanalítica) y cátedra Psicología Clínica de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Siglo 21, Córdoba, Argentina.